

LA NUEVA EVANGELIZACIÓN PARA LA TRANSMISIÓN DE LA FE

Hna. María Cristina
Robaina Piegas, STJ

1. “ESCUCHEMOS A DIOS DONDE LA VIDA CLAMA”: BALBUCEANDO VIVENCIAS

Hemos dedicado estos tres años a ESCUCHAR, a aprender, a escuchar... A escuchar con todos los sentidos. En primer lugar, buscando poner los pies en donde otros pisan, van y vienen, sobreviven, luchan, transcurren.... Aquellos que no son “los otros” sino “nosotros” en diversidad; algunos, hermanos en la fe; todos, hermanos en humanidad. Gente de diversas geografías e historias, de todas las edades y de muy diversas condiciones socio-culturales, de variadas etnias, religiosos, agnósticos y ateos. Pero escuchamos, más que a nadie, a personas y grupos marginados y excluidos en la sociedad y en nuestras comunidades eclesiales y religiosas.

Escuchamos los ruidos, los gritos, los susurros, los gemidos de hombres y mujeres en las zonas rurales, en las ciudades populosas, en las urbes deshumanizadas y fragmentadas. Escuchamos también los murmullos y las quejas de “los de dentro de casa”, la casa de nuestras comunidades, de nuestros ámbitos apostólicos, de nuestra Iglesia local y universal. Nos hirió el dolor de tantos ale-

gados de la casa de la Iglesia por nuestras intransigencias, nuestras sorderas y nuestros escándalos.

Descubrimos asimismo nuestras propias dificultades para escuchar. Nos sorprendimos con nuestros sentidos exteriores e interiores, disminuidos para la escucha silenciosa, expectante, paciente y, al mismo tiempo, nos vimos hipertrofiados para decir, aconsejar, opinar, indicar, enseñar. Percibimos que a veces tenemos sorderas selectivas. Y otras veces no podemos escuchar porque estamos habitados por nuestros propios intereses, discursos y prácticas que no tocan ni entibian ni conmueven nuestro corazón.

Quisimos escuchar a los “de dentro” y a “los de fuera”. Pero al ponernos a escuchar con todos los sentidos, dispuestos a dejarnos afectar, sentimos crujir nuestra estética, nuestro paladar, nuestros conceptos, nuestros gestos y sus significados. Vimos otros rostros, otras convivencias, otros gestos, otros modos de estar, de quererse, de celebrar, de compartir el dolor y la alegría; de conjurar la angustia y la injusticia; de estar juntos, de organi-

zarse y de no querer organizarse. Saboreamos otros sentimientos, otra gastronomía de la vida y de la convivencia, otra fusión de géneros musicales y de búsquedas. Sonaron en nuestros oídos palabras que entendíamos y otras que no, con nuevas gramáticas que nos desconcertaron y hasta nos escandalizaron.

Lo que para nosotros era la frontera de lo posible se rasgó. Los límites territoriales de nuestra capacidad de soportar la diferencia sin tener la íntima sensación de una burla, una falta de respeto o una irreverencia, crujieron, cayeron y nos sentimos heridos, confusos, abandonados y atropellados.

Y temblamos interiormente porque algo se desmoronaba dentro: certezas de siempre, modos que ya sentíamos como parte del carisma, de la identidad comunitaria y carismática. La cultura propia, la “de siempre”, “la nuestra” quedaban cuestionada. Nuestra propia forma de sentir se desdoblaba y se nos abrían dentro espacios de dudas, como lagunas de arenas movedizas en medio de un suelo cada vez menos firme de

paradigmas que sustentan o justifican modos de ver, de sentir, de situarnos, de proceder.

Fuimos pasando comunitariamente y, aún, personalmente, por las diversas etapas del duelo: la negación, el enojo, la depresión, la perplejidad, la aceptación. Y nos encontramos con nuestros discursos desarticulados. Primero dejaron de conmover y convencer el corazón de otros. Luego, tampoco conmovían ni convencían el nuestro. Redoblamos la determinación de escuchar... Y recogimos retazos, pistas, signos en los que vamos descubriendo y aprendiendo nuevas formas y sentidos de lo humano.

Y entonces percibimos que nuestro corazón tenía y tiene ciertas sintonías con los colores, los sonidos, los olores, los sabores, la textura de muchos de esos retazos de mundo nuevo que antes nos intranquilizaban y nos rebelaban.

Sobre todo, empezamos a sentir el gemido del Espíritu; “el Espíritu que ha sido derramado sobre toda carne”¹, “El que nos enseña todo y nos recuerda todo lo que Jesús hizo y dijo.”² Como Pedro, Santiago y Juan en el Monte de

la Transfiguración, -asustados y a un tiempo cobijados “a la sombra de la nube”- volvemos a escuchar hoy: “Este es mi Hijo Amado: Escúchenlo”. Y muchos retazos de vidas que nos habitan van cobrando sentidos aún fragmentados y provisorios.

2. LA LUZ AL FINAL DEL TÚNEL

Ya nos habíamos entrenado para acostumbrar los ojos a la oscuridad del túnel. A no ver ni la luz de la entrada ni de la salida. Y nos instalamos en la incertidumbre. Nuestra atención estaba concentrada en los mismos tópicos y frecuentemente autocentrada en considerar y lamentar el agotamiento de los modelos institucionales de nuestras vidas, tanto en nuestras congregaciones como en nuestras Iglesias locales. Pero ahora estamos aprendiendo a acomodar los ojos al deslumbramiento de la luz al final del túnel y sentimos palpitar la vida de un mundo que ya está entre nosotros. Vivimos a todos los niveles de lo humano tiempos de perplejidad y desconcierto, de fascinación y exuberancia, sin saber mucho cómo navegar en situaciones inéditas y paradójales. Como Iglesia, cuerpo de Cristo en la His-

toria, nos vemos impulsados por el Espíritu a seguir aprendiendo los caminos de una Nueva Evangelización.

Y en este cruce de caminos entre dos trienios de la cincuentenaria andadura de la CLAR se nos abre una nueva perspectiva. En continuidad con la invitación a que “escuchemos a Dios donde la vida clama”, estamos reunidos para reflexionar en torno a “la Palabra de Dios en la vida y la misión de la Vida Religiosa de América Latina y el Caribe”.

En vísperas de comenzar el Año de la Fe como celebración del jubileo del Concilio Vaticano II, el Espíritu nos envía en Aparecida a los de lejos y a los alejados: misión ad gentes y misión inter gentes. Y el Papa Benedicto en la Carta Apostólica *Porta Fidei* nos recomienda el retorno a los textos conciliares, “que no han perdido su valor ni su esplendor” pues “con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza”. Puede ser la oportunidad de reavivar en el corazón de nuestras comunidades la fecundidad de tantas intuiciones y certezas que despuntaron en

el acontecimiento conciliar y que aún pujan por abrirse camino en nuestras comunidades y en nuestros corazones.

Escuchar y fijar nuestra mirada en Jesucristo,⁴ el Hijo Amado, el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre⁵, nos dispone al discipulado y a la misión, al profetismo y a la mística. Jesús vuelve a hablarnos del Dios de la Vida en situaciones de muerte y a mostrarse en el rostro de quienes sufren,⁶ de quienes no lo conocen, de quienes se han alejado de las comunidades cristianas.⁷

3. PREGUNTAS EN EL CAMINO

En estos años los rostros dolientes de tantas personas, grupos y pueblos han adquirido para nosotros relieve, espesor, calor humano, nacidos de nuestra escucha: hemos acogido sus vidas, sus palabras, sus gemidos en los que reconocemos la Humanidad sufriente de Jesús que nos llama a servirlo en ellos. “Sus situaciones de vida interpelan nuestra fe, nuestra pastoral y nuestras actitudes cristianas”.⁸

Nuestra escucha nos ha enseñado muchas cosas y nos ha con-

movido tan hondamente porque hemos experimentado que, en el escuchar desde dentro, vivimos y respiramos de algún modo el misterio de las personas, un misterio que nos sobrepasa y que se instala en nuestra existencia para siempre. Y la palabra recibida se recrea dentro de nosotros, dialoga, lucha y se abraza con nuestra propia palabra y busca volver a nacer. Hemos venido en estos días a dar a luz muchas palabras y muchas vidas que ya son carne de nuestra carne.

En el escuchar hemos vuelto a experimentar que la Palabra de Dios, que susurra en las palabras humanas y se revela luminosa en la Palabra hecha carne, pide ser escuchada, acogida, concebida y vivida. Una escucha creyente nos ha ido disponiendo a dar a luz aquí y ahora la Palabra eterna con nuevos matices, nuevos tonos, nuevos lenguajes y expresiones.⁹

En estos años, transformados por el “escuchar a Dios donde la vida clama”, nos hemos seguido esforzando en servir, en elaborar proyectos en sintonía con nuestros interlocutores, en llevar adelante itinerarios de iniciación cristiana. No lo hemos hecho solos, sino con nuestras comunidades, con otras

hermanas y hermanos que forman parte de nuestros entretejidos existenciales. Siempre conectados a redes que nos vinculan a personas y grupos, transeúntes de la misma historia y frecuentemente de búsquedas semejantes. Entregamos nuestro tiempo y consumimos energías en obras, en iniciativas, en entregas. Sacrificamos y nos sacrificamos honestamente para seguir al Señor en el servicio incondicional al Reino.

Pero en este alto del camino que son nuestras Asambleas Nacionales y esta Asamblea General nos preguntamos ¿qué nos pasa? ¿Por qué hay entre nosotras y nosotros dosis altas de desesperanza, de desaliento, de falta de alegría? ¿Por qué el corazón se nos queda empañado? ¿Por qué sentimos que nuestros esfuerzos y proyectos no llegan, no enganchan, no convencen? ¿Por qué nuestras palabras y gestos, nuestros ritos y anuncios no conmueven ni encienden los corazones?

4. VOLVER AL AMOR PRIMERO

En el amanecer del nuevo tiempo de la humanidad -cuando vamos viendo la luz del fondo del túnel y nos asomamos a un mundo nuevo- nos encontramos

con dificultades para comunicarnos y para entendernos con unos y otros, e incluso entre nosotros. Muchas palabras han adquirido nuevos significados; escuchamos discursos con otras gramáticas y se nos hace difícil a veces descifrar el contenido. Y, sobre todo, cambiaron los contextos. Las relaciones entre las personas son frecuentemente mediatizadas por medios tecnológicos y perdemos muchas veces el calor, la textura, los matices, el sabor de la cercanía en el trato.

No se trata de lamentarnos, sino de avanzar recogiendo retos, desafíos y de que, como el “escriba convertido en discípulo del Reino de los Cielos, saquemos de nuestras reservas lo nuevo y lo viejo”¹⁰ para ir construyendo nuevas formas de vivir y entender las relaciones humanas y las estructuras eclesiales y sociales. Se nos pide a todas las bautizadas y bautizados entretejer la historia de nuestra vida con las historias personales, de grupos, de familias y de nuestras comunidades, participando en esta gestación de nuevas culturas, de una nueva historia que sea verdaderamente Historia de Salvación. Y continuar asumiendo con paciencia y esperanza “los dolores de parto de la

creación entera, esperando ansiosamente la manifestación de la gloriosa libertad de los hijos de Dios”.¹¹

En 1983 Juan Pablo II expresó ante los Obispos del CELAM, reunidos en Haití, el llamado a un compromiso que fuera significativo en la celebración del medio milenio de evangelización en América Latina. Y lo describió así: “un compromiso no de reevangelización, sino de una Nueva Evangelización: nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión”. Treinta años después estamos a las puertas del Sínodo sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana.¹²

Situarnos en clave de Nueva Evangelización supone renovar en este momento histórico la nueva y eterna Alianza sellada con la entrega hasta el extremo de Jesús. Y requiere de nosotros “volver al amor primero”.¹³

Necesitamos antes que todo, que el Señor vuelva a enamorarnos; necesitamos volver a apasionarnos por El. “¡No hemos de dar nada por supuesto y descontado. Todos los bautizados estamos llamados a “recomenzar desde Cristo”, a reconocer y seguir su

Presencia con la misma realidad y novedad, el mismo poder de afecto, persuasión y esperanza, que tuvo su encuentro con los primeros discípulos a las orillas del Jordán, hace 2000 años, y con los “Juan Diego” del Nuevo Mundo”.¹⁴

Estamos sedientas y sedientos de otra manera de ser Iglesia. Vivir a fondo en clave de Nueva Evangelización nos pide que nos empeñemos con determinada determinación en ser:

- Una Iglesia enamorada de su Señor, que se reconoce, como la mujer en casa de Simón, “como comunidad de pobres pecadores, mendicantes de la misericordia de Dios”¹⁵; que, como María de Betania, vive pendiente de los labios de su Señor y se derrama entera en obsequio de Jesucristo¹⁶; que, como María Magdalena, corre a todos los sepulcros de la historia y, reconocida por su Maestro, resucita ella misma como discípula y es constituida misionera: “Ve y dile a mis hermanos...”¹⁷
- Una Iglesia comunidad de comunidades capaces de ser “casas-familias” acogedoras, de cercanía afectuosa, de escucha y diálogo, siempre inclusivas y solidarias, que comparten y salen al encuentro de todos¹⁸, “casas-familias” que generen una nueva eclesialidad porque evangelizan sus relaciones compartiendo la experiencia del encuentro con Jesús Resucitado, testimoniándolo y anunciándolo de persona a persona y de comunidad a comunidad.¹⁹
- Una Iglesia hermana y hermanada con todas las personas sin distinción; que se conmueve y se identifica con los rostros y cuerpos lacerados de pobres y humillados del Continente en quienes reconoce a su Señor crucificado hoy en la historia.²⁰
- Una Iglesia madre que, como decía Juan XXIII al inaugurar el Concilio, “prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad; que quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella.”²¹
- Una Iglesia samaritana capaz de adorar en espíritu y verdad, entrando “decididamente, con todas sus fuerzas, en los proce-

sos constantes de renovación misionera, capaz de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe”.²²

- Una Iglesia discípula y misionera que aprende de María el primado de la escucha de la Palabra de Dios de modo que -aún sin entender muchas cosas, como María- toda su vida está “entretejida con los hilos de la Sagrada Escritura, los hilos tomados de la Palabra de Dios que se encuentra en verdad como en su casa, de donde sale y entra con naturalidad”.²³
- Una Iglesia abierta al Espíritu que, como en el día de Pentecostés, aprende lenguajes nuevos que todos entienden -¡que todos entendemos!- y que, ante los graves desafíos de este tiempo, fomenta la creatividad, expresa la profecía y vive en parresía.

5. DIÁLOGO EVANGELIZADOR

La escucha tan particularmente cultivada en estos años nos introdujo en la conciencia de nuevas complejidades para el diálogo evangelizador. Sabemos que hablar de Nueva Evangelización no

alude a nuevos contenidos, sino a la toma de conciencia de que nosotras y nuestros interlocutores vivimos contextos socio-históricos, religiosos y existenciales complejos, diversos y desafiantes que requieren un abordaje interdisciplinario.

Escucharnos unos a otros en actitud de compartir nuestras vidas, comenzando por nuestras comunidades, -todas aquellas de las que formamos parte-, y conscientes de pertenecer a redes vitales y existenciales amplísimas, nos pide una honda conversión de mente y corazón. No sólo la evangelización, sino que la vida humana misma crece, se constituye y se desarrolla en continuos diálogos; al escuchar corresponde el decir, así como al yo corresponde el tú. En el escuchar-decir, decir-escuchar, vivimos, crecemos, nos constituimos, construimos nuestra historia, inseparablemente personal y colectiva.²⁵

Para anunciar el kerigma necesitamos convertirnos hacia actitudes que hagan posible un diálogo generador de auténticas relaciones interpersonales. Se trata de volver a empezar, volver a Galilea, como nos pide el Resucitado²⁶, volver a mirar, a escuchar, a

poner en palabras nuestros sentimientos, a elaborar nuestros pensamientos. Y esto requiere que sigamos aprendiendo a dialogar.

En su primera Encíclica en tiempos conciliares Pablo VI nos hablaba de la necesidad de un diálogo signado por la claridad, la afabilidad, la confianza y la prudencia pedagógica.²⁷ Cincuenta años después nos encontramos con un panorama mucho más complejo. El cambio de época reconfigura continuamente nuevos parámetros socio-culturales y nos pone frente al gran desafío de decodificar y volver a codificar nuestros métodos y expresiones para que sean auténticas mediaciones para la evangelización. Es necesario transitar otros itinerarios, siempre alertas a percibir, describir y discernir procesos y lenguajes inéditos.

Es necesario recorrer el arduo camino de construir nuevos significados entretejiendo a partir de la palabra de todos y buscando incansablemente escuchar y pronunciar la Palabra de Dios, Jesús, el Verbo hecho carne, Aquel en quien el Padre nos lo ha dicho todo.²⁸

Tenemos desde hace años, es verdad, un compromiso explíci-

to con la interculturalidad. Pero constatamos que es necesario ampliar nuestro horizonte en el marco de un multiculturalismo complejo. Hemos aprendido como humanidad y como Iglesia a profundizar y formular aquello que nos hace iguales.²⁹ Protegemos, por lo menos en las declaraciones, los derechos de todos a partir de esta conciencia. Pero el Espíritu nos arrastra en este Tercer Milenio a conocer, acoger, describir y defender nuestras diferencias con un corazón inclusivo a fin de hacer posible la igualdad de todas y todos.

Creíamos que por el hecho de pertenecer a la misma nación y familia, o ser parte de comunidades cristianas y religiosas, teníamos la misma cultura y compartíamos modos de pensar, de sentir y de hacer. Pero constatamos en medio de la marcha imparable de las dinámicas históricas cómo se deshilachan y se distancian nuestros lazos, nuestros vínculos, nuestros lenguajes hasta el punto de sentirnos frecuentemente extraños de los que hasta ayer dábamos por supuesto que éramos parte.

Situarnos en la clave de la Nueva Evangelización nos pide potenciar, profundizar la vida en nuestras comunidades, escuchán-

donos y dialogando, acogiendo la Palabra de Dios, -la única capaz de engendrar Reino-, y dejándonos iluminar por la vida y la palabra de laicas y laicos, en especial, de las/os más pobres. De esto se trata: que cada una/o y todas/os podamos decir nuestra palabra, ser escuchadas/os y ser parte, de verdad, en la vida, en la expresión y en la toma de decisiones en nuestras comunidades religiosas y eclesiales. Asimismo aprenderemos a colaborar, con otros grupos y personas como parte de la amplia red ciudadana, en la construcción democrática de nuestras sociedades. Por aquí también pasa la posibilidad de seguir creando condiciones para vivir una nueva eclesialidad.

Entonces amanecerá la luz del día anunciado por el Concilio, en el que “la Iglesia ofrecerá la claridad de Cristo que resplandece en ella con lenguajes y gestos que iluminen a todas las personas, y en el que será realmente signo y sacramento de la íntima comunión del hombre con Dios y de los hombres entre sí”.³⁰

Una apostilla:

Volvamos a nuestras fuentes. “Miremos la roca de la que fuimos tallados, la cantera de la que fuimos extraídos”.³¹

Contemplemos a nuestros Fundadores y Fundadoras.

Quizás no hicieron muchos análisis de la realidad ni reuniones de planificación ni crearon métodos especialmente novedosos. Sabemos, sí, que ardían en amor por el Señor, supieron verlo, escucharlo y acogerlo en las/os hermanas/os más pobres y desvalidas/os y en las llagas de la Iglesia. Y gestaron comunidades de fe y vida al servicio al Reino. Esos fueron nuestros comienzos y pueden volver a serlo si fijamos los ojos en Jesús contemplamos como El sigue cumpliendo su palabra: «Yo hago nuevas todas las cosas».³²

Notas:

¹ Cfr Joel 2,28

² Cfr Jn 14,26

³ Cfr. Porta Fidei, 5

⁴ Cfr. Porta Fidei, 13

⁵ Cfr Documento de Aparecida, 392

⁶ Cfr Documento de Aparecida, 65

⁷ Cfr Documento de Aparecida, 375

⁸ Cfr Documento de Aparecida, 393

⁹ Cfr Welte, Bernhard; “Del recto escuchar” (traducción de “Vom rechten Hören”, Gespräch ohne Partner, Hrsg. V. Klaus Hemmerle, Freiburg 1960, 9-26)

¹⁰ Cfr Mt 13,52

¹¹ Cfr Rom 8, 21.22

¹² Cfr. Juan Pablo II. Discurso a la Asamblea del CELAM, Port-au-Prince (Haití), 1983

- ¹³ Cfr Apoc 2,4
¹⁴ Cfr Documento de Aparecida, 549
¹⁵ Cfr DA 100 h
¹⁶ Cfr Lc 10,39; 12,3
¹⁷ Cfr Jn 20,12-18
¹⁸ Cfr Documento de Aparecida, 226,d; 272; 363
¹⁹ Cfr Documento de Aparecida, 370, 145
²⁰ Cfr Documento de Aparecida, 407-430; 65; 39
²¹ Cfr Juan XXIII, Discurso durante la inauguración del Concilio Vaticano II, 11, octubre 1962, 7.8
²² Cfr Documento de Aparecida, 365
²³ Cfr Documento de Aparecida, 271
²⁴ Cfr Rom 12,2
²⁵ Cfr Welte, *ibid*
²⁶ Cfr Mc 16,5-7
²⁷ Cfr Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, 31
²⁸ Hb 1,1-2; San Juan de la Cruz, *Subida al monte Carmelo* 2,22,3-5, Biblioteca Mística Carmelitana, Burgos, 1929, v. 11 p. 184
²⁹ Cfr Cortina, Adela; Art. “Contrato y alianza: El pacto entre iguales y el reconocimiento recíproco”. Cuaderno del seminario, Volumen II, 2006, Pág.146
³⁰ Cfr *Lumen Gentium* 1
³¹ Cfr Is, 51,1
³² Cfr Apoc 21,5